

Discutióse entonces en el Congreso la conveniencia de dejar que Venezuela se constituyera en estado independiente, pero la mayoría de los diputados se empeñó en creer que sería posible una inteligencia bajo la base de un gobierno liberal y se estudió una nueva constitución destinada á dar toda clase de garantías contra todo proyecto de restauración monárquica.

Pero ya las cosas no iban por este lado, y la misma provincia de Casanare se levantó pidiendo su unión con Venezuela, mientras del otro lado, Guayaquil, Asuai y Quito se entendían para constituirse en estado independiente, en república del Ecuador.

Era, pues, completa la descomposición de Colombia; la impotencia de Bolívar absoluta, llegando á ser un estorbo; así lo comprendió y presentó su dimisión que le aceptó el Congreso.

Ahora para Colombia de lo que debía tratarse era de ver como se repartían las cargas públicas en el momento de la separación, á lo que los venezolanos declararon que por su parte estaban dispuestos á encargarse de la parte de deuda y demás que les correspondiera, pero negándose á tratar de estos asuntos ínterin Bolívar no saliera de Colombia.

Fuéle, pues, preciso al gran ambicioso tomar el camino del destierro provisto de una pensión anual de treinta mil pesos y salió para Cartagena.

Sus amigos habían, sin embargo, resuelto intentar un último esfuerzo para conservarlo. Organizóse su pronunciamiento, estalló, triunfó, se apoderó de Bogotá, Bolívar escribió declarándose dispuesto á salvar la patria, á sacrificarse, pero este pronunciamiento sólo sirvió para que la provincia de Casanare se uniera definitivamente á Venezuela, y para que otras provincias y ciudades se unieran al Ecuador. La disolución de la Colombia era un hecho, y esta disolución pudo presenciar Bolívar antes de morir, pues la muerte no vino para él hasta el día 17 de Diciembre, falleciendo en la quinta de San Pedro

cerca de Cartagena á donde había marchado al salir para el ostracismo.

Sucre murió al año siguiente vilmente asesinado. Así desaparecieron los héroes de la independencia de América.

¿Debemos ahora que conocemos la entera carrera de Bolívar insistir sobre el insensato paralelo que todavía se hace entre él y Washington? ¿Qué hay de común entre el gran patriota norte-americano y el colombiano? Nada en absoluto. Washington es el hombre esclavo de la ley. Cuando la Convención de Filadelfia termina su obra y le pone á su cabeza para ensayarla, Washington no cree en su viabilidad, lo hace público; pero hombre de honor se consagra al cuidado de lo que se le confía y la constitución de Filadelfia aun vive. Bolívar es el hombre que levantó el país contra la Convención de Ocaña que había de serle contraria y la disuelve.

Washington era un realista convencido, ¿pero cuando trabajó contra sus conciudadanos, republicanos no menos convencidos? Bolívar hubiera hecho la monarquía si hubiese podido.

Déjese, pues, el paralelo y entonces será posible admirar en Bolívar al hombre en quien jamás faltó la fe en la independencia de América; al hombre á quien, como á Washington, jamás abatieron los reveses; al hombre que creyó posible organizar un gran estado, una gran confederación con pocos medios, y que llegó á ver coronada su obra, comprometida tal vez, sólo por los excesos de su ambición, y entonces es cuando podremos olvidar en Bolívar al hombre corrompido y corruptor, al hombre dispuesto á sacrificarlo todo á su ambición, al hombre que reniega de la libertad y de la democracia cuando se le ponen de manifiesto sus atentados liberticidas, al hombre que no sabe morir en el destierro como un héroe, y que fallece esperando en Cartagena el triunfo del pronunciamiento que le ha de devolver el prestigio que ha perdido.



## CAPITULO LIV

### BRASIL Y PORTUGAL

Independencia del Brasil.—El imperio brasileño bajo don Pedro I.—Contrarrevolución en Portugal.—Lucha entre los partidos reaccionarios.—Historia constitucional del Brasil.—Arreglo definitivo entre el Brasil y Portugal.—Acta final del arreglo definitivo de los asuntos pendientes entre América y Europa.—Orden de sucesión en Portugal.—Independencia del Uruguay.

**CONTINUABA** en el Brasil la monarquía como escollo en medio del Océano, y demostraba una robustez que para muchos era incomprensible, cuando nada tan fácil como puntualizar las causas á las cuales se debía que pudiera el Brasil mantenerse libre del contagio revolucionario y anárquico.

Recuérdese que al generalizarse el movimiento revolucionario americano, las colonias insurrectas propusieron á España una unión, bajo la base de la autonomía colonial, y bajo los príncipes de la casa de Borbón, y que estas condiciones que hubieran satisfecho á los revolucionarios que tan pocas simpatías tenían por la república, estaban de hecho cumplidas en el Brasil, en donde de hecho existía su autonomía bajo el gobierno del infante Pedro. Por esto, pues, fué posible que el Brasil se mantuviera quieto y monárquico, pues de otra suerte los republicanos de Pernambuco se hubieran bastado para arrastrar al país á la revolución.

Como para el rey Juan era evidente esta situación, nada tampoco le parecía tan cierto como la emancipación del Brasil, por el mero influjo de la revolución americana; de aquí que tanto aconsejara

á su hijo Pedro que vigilara para salvar la monarquía y los derechos de la familia.

Pedro estaba, en verdad, poco menos que decidido á salvar la monarquía en el Brasil á expensas de Portugal, pero en el Brasil había un fuerte partido portugués y éste no dejaba de acosar al príncipe, para que se reanudase el antiguo estado de cosas.

Como los manejos de este partido eran conocidos, los federalistas ó nacionalistas se agitaban á su vez y vigilaban al príncipe cuyas tendencias absolutistas eran para ellos un peligro, tanto que no sin verdadera presión pudieron conseguir de él que proclamase la Constitución portuguesa.

Llevo, pues, adelante la situación, aunque no sin trabajo, y nada hubieran conseguido los partidos revolucionarios si las Cortes portuguesas, mal aconsejadas, no se hubiesen puesto á legislar sobre el Brasil con el propósito deliberado de destruir la unidad política que allí se había creado.

Al efecto principiaron por declarar que las diferentes provincias brasileñas nada tenían que ver entre sí y que cada una de ellas se entendería directamente con la metrópoli. El juego era demasiado



visto para que los patriotas brasileños no lo denunciasen, y en efecto, los hermanos Andrades desde la provincia de San Pablo hicieron oír su voz de alerta, poniendo de manifiesto que por tal medio lo que se proponían las Cortes portuguesas era aislar las provincias para volver á reducir las á su antigua condición de colonias sometidas al despotismo de la metrópoli.

Resonó este grito por todo el Brasil y de uno á otro lado se juraron los patriotas sucumbir antes que someterse á lo dispuesto por las Cortes; mas como ya el Brasil se había acostumbrado á considerarse como una unidad, como una nacionalidad, cuyo rey era el príncipe heredero, los patriotas se dirigieron á Pedro para que salvase al Brasil de la nueva tiranía que le amenazaba.

Pedro veía todo esto con simpatía por lo mismo que tenía ya resuelto cambiar la corona portuguesa por la brasileña, lo único que le importaba es que este cambio había de ser más liberal, más constitucional de lo que él podía serlo. Ahora bien, como las Cortes coronaron sus imprudentes medidas provocadas por el partido portugués en el Brasil con un decreto llamando á Portugal al infante Pedro, á éste no le quedaba más camino que el de someterse ó el de rebelarse. Interin mostró su disconformidad con lo hecho por las Cortes, á lo que le alentaba su propio padre, á quien escribía que con lo ocurrido no veía ya como podrían continuar unidos el Portugal y Brasil; de modo, que para él, ya todo estaba en ver la manera de conseguir cómo la dinastía portuguesa podía continuar en Río Janeiro, y cómo no, ¡si él dando oídos á los Andrade y al municipio de Río había constituido su gobierno brasileño!

Cuando en Lisboa se supo lo ocurrido en el Brasil, sin que aprovechara lo que pasaba entre España y las colonias españolas, quisieron las Cortes de Lisboa, como las de Cádiz, someter el Brasil á viva fuerza, así todo fué hablar del envío de tropas portuguesas al Brasil, de amenazar con el más severo castigo á las autoridades revolucionarias creadas por Pedro, puesto que por la mayor de las imprudencias, mientras por un lado se absolvía al príncipe, por cuanto decían las Cortes su juventud y su in-experiencia tienen la culpa de todo, sin por esto comprometer su responsabilidad, se mandaba encausar á las autoridades revolucionarias que se habían constituido en el Brasil, por el tremendo delito de lesa nación.

Todo esto no se hizo en las Cortes sin protestas por parte de los diputados brasileños que advertían que se iba á desencadenar la revolución, porque

naturalmente preveían que Andrade, que estaba enfrente del gobierno, tomaría las medidas necesarias para su defensa, y, en efecto, la primera que tomó fué embarcar las tropas portuguesas para la metrópoli.

Con esto quedaba Pedro con los codos libres y aun cuando se tiraba á separar del Brasil las provincias de Para, Maranhao y Bahía que habían de quedar para Portugal, Pedro contaba con que los patriotas se podrían imponer, como así sucedió en efecto, después de un período de anarquía y de luchas sangrientas. En fin, el día 13 de Mayo de 1822, tomando pretexto el Ayuntamiento de Río Janeiro de la orden que se había dado á los cónsules para que no despacharan los papeles de buque alguno que embarcara armas para el Brasil, lo que se tomó como una declaración de guerra, solicitó del príncipe Pedro que tomase el título de defensor del Brasil, para lo que no se hizo de rogar, en cambio puso oídos de mercader al ruego que se le hizo sobre convocar á los representantes del Brasil en Congreso, á lo que no accedió hasta el día 5 de Junio, después de haberse convencido que no le quedaba más remedio que hacerlo, y sin duda no pudiendo resistir la bilis que le causaba tal medida, la desahogó escribiendo á su padre lo que pasaba, desahogándose en su misiva contra las Cortes portuguesas y los lusitano-españoles de Portugal, cartas que el rey Juan envió á las Cortes como prueba de su constitucionalismo, pero evidentemente con el propósito de amotinar contra ellas á los absolutistas portugueses.

Pedro, que engañaba á todo el mundo, mientras hablaba á su padre de su lealtad, recorría todo el Brasil y hablaba en todas partes de su independencia, de modo que cuando ésta se proclamó oficialmente en el campo de Santa Ana, en donde se proclamó al príncipe portugués como á Pedro I emperador del Brasil, la independencia existía ya de hecho.

Jamás se vió cuán profundas raíces puede echar la ingratitud y la maldad en el pecho de un príncipe, como en esta ocasión, pues el emperador del Brasil hizo objeto de la más inicua persecución á los portugueses todos, á quienes acabó por expulsar del Brasil.

Faltábale sólo apoderarse de las provincias del Norte, de Bahía en donde el general Madeira resistía el bloqueo que se le había puesto con un buen cuerpo de tropas y una escuadra de trece buques armados con trescientos noventa cañones.

Para acabar con esta resistencia, se instó y se

obtuvo la cooperación de lord Cochrane, de quien se consiguió que abandonase el servicio de Chile, y en efecto, Cochrane se presentaba con una mala escuadra, pero con un gran prestigio delante de Bahía el 13 de Marzo de 1823.

Cochrane completó el bloqueo con su escuadra, y como en Bahía se habían ido concentrando todos los portugueses fugitivos con los restos de sus grandes fortunas, Madeira estaba poco menos que imposibilitado para defenderse, porque el temor de los refugiados era cervical, pues para estos desdichados lo único que tenía interés era salvarse de lo que habían podido salvar de lo suyo. Así Madeira resolvió evacuar á Bahía, embarcó su gente y salió de la ciudad convoyando nada menos que ciento diez y seis velas que llevaban los expulsados del Brasil.

Madeira quería marchar á Maranhao y á Santa Catalina, lo que se propuso impedir Cochrane, que dejó salir sin combatir á la escuadra y el convoy, pero en cuanto hubieron tomado el largo, les atacó por la retaguardia, con la seguridad de que no habían de intentar resistir, pues ya es sabido que no pelea el que se propone escapar. Así el marino inglés tuvo ocasión de hacer grandes presas que representaban muchos millones, cayendo igualmente en su poder la mitad de los soldados portugueses, y todo sin disparar un cañonazo, y lo que es más, consiguiendo con su arrojo y con su pericia que la escuadra portuguesa tomara el rumbo de Europa sin desembarcar en punto alguno de la costa brasileña un solo hombre.

Conseguido tan grande como inesperado triunfo, Cochrane se presentaba delante de Maranhao,— 26 Julio,—y obtenía su rendición el día siguiente, mientras el capitán Grenfeld obtenía el mismo resultado delante de Para.

Estas grandes é incomprensibles victorias de Cochrane labraron su inmensa reputación, reputación que tan cruelmente había de deshacer en Grecia, cuando se vió delante de gente dispuesta á batirse.

Dicho se está que Cochrane pudo tan á sus anchas trabajar en el Brasil, gracias al levantamiento absolutista de Portugal.

Para salvar, si era posible, la libertad en Portugal, no había más que un camino, y este era el de unirse en estrecha alianza España y Portugal. Mas precisa decirlo, esta política de unión de los dos reinos ni aun hoy es simpática entre nuestros hermanos los portugueses. En la prensa, en las Cortes, en las reuniones públicas, se hablaba de esa inteligencia, en París y en Londres los embajadores portugueses la presentaban como establecida, pero

si Chateaubriand se limitaba á decirle á Portugal que se estuviera quieto que nada iba contra él, Canning contestaba al gobierno portugués que le pedía que le garantizase su constitución, que no contasen con Inglaterra, que había de ser fiel al principio de no intervención que había proclamado.

De esto resultó que cuando ya los franceses llegaron á Madrid, todavía se discutía la imperiosa necesidad de la unión de España y Portugal.

Chateaubriand había pensado bien que para acabar con la libertad en Portugal no se necesitaba más que acabar con la libertad de España, que no sería para ello necesario al ejército francés hacer movimiento alguno, pues se bastarían de sobra los reaccionarios portugueses, á quienes, por otro lado favorecía para que encendieran la guerra civil en Portugal, en donde, en efecto, Amarante, dió el grito en Tras-os-Montes, pero con mal éxito, pues Rego le ahuyentó.

Sin embargo, el efecto de esta algarada de los apostólicos fué grande, porque introdujo en todos la desconfianza, y como en España no ocurría nada, y los franceses iban á salir de Madrid para Sevilla, en Lisboa el gobierno creyó que lo más prudente era dar oídos al partido que proponía una transacción con el antiguo orden de cosas, partido que tenía á su frente al rey, pues el partido absolutista puro acudido por la reina tenía por candidato al infante Miguel.

A este efecto, principió el gobierno portugués á deshacerse de todos los jefes militares liberales, en cuya firmeza y resolución podía contar, de lo que resultó que cuando principiaron los pronunciamientos de tropas en favor del rey absoluto, á las que siguieron las del mismo Miguel, el gobierno se encontró poco menos que desarmado. Entonces se le ocurrió llamar á Sepúlveda, á quien había agraviado y quien, además, se había ya comprometido con los apostólicos. Así Sepúlveda para encargarse del mando de las tropas propuso la destitución del ministerio, lo que se le concedió, pero á poco las Cortes le destituyeron á él, pues se enteraron de que se había comprometido á apoderarse del rey y á entregárselo á su hijo Miguel, lo que no pudo ejecutar por haberse descubierto el plan; pero no se pudo impedir que él se pronunciasse con algunos regimientos y se fuera á unir con el infante que no le recibió muy bien.

Todo iba, pues, de mal en peor para los liberales portugueses, quienes, desconcertados por completo, acabaron por dejar que se cumpliera el plan de Sepúlveda, pues el regimiento número diez y ocho se pronunció en Lisboa el 29 de Mayo que era el día